

La Familia Mierda de Gallina

Rodney Castro Gullo

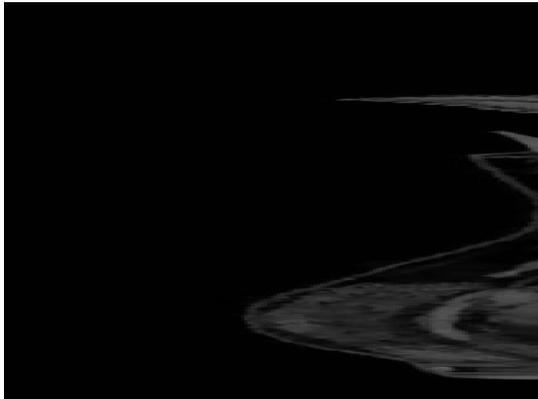
Image not found.

Capítulo 1

LA FAMILIA MIERDA DE GALLINA

CAPÍTULO 1

“FLORES”



Una flor que no se pueda detallar con detenimiento, que no nos permita deleitarnos en su fragancia, que no genere sensaciones de amor y que no invite al bienestar en el entorno, no cumple su cometido. Por eso cada flor que llevamos a un funeral pierde su esencia al no poder ser disfrutada íntegramente. Si el objetivo es que las vean a la distancia, entonces las flores sintéticas o cultivadas en las tumbas cumplen a cabalidad ese cometido.

No quería escribir sobre este tema pero retumba en mi pensamiento como algo que debo vomitar sin más dilación. Está-bamos allí y no había

nada más que hacer. A pesar de haber vivido en alguna oportunidad a dos cuadras de un cementerio, esa era la primera vez que estaría saltando tumbas para no pisar el tan cuidado césped. Como era funcionario de la Notaría, me correspondió ser uno de los encargados de llevar las flores que poco antes habían estado en la funeraria alrededor del occiso. Me intranquilizaba saberme en un carro convertido en la mejor decorada de las carrozas fúnebres, pues iban varios hermosos ramos en el capó, otros en el techo, sobre la puerta del baúl, dentro del baúl, y para completar, en las sillas traseras. Agradezco a Dios el haberme dado compañía durante ese momento. Me acompañaba Ramón, a quien de cariño le decíamos 'Monche', era el chofer de la Notaría. conducía el vehículo en completo silencio y con su mirada perdida en la nostalgia, pues fueron muchos años los que duró al lado del Notario siendo un cómplice respetuoso de su cotidianidad, y de manera excepcional, escucha predilecto de cada una de sus creaciones literarias, lo que despertó en Monche, una especial consideración.

Íbamos vigilantes de que todos los arreglos florales fueran en su lugar y que no tuviesen el mínimo maltrato. El vehículo se movilizaba en caravana a escasos 10 KMPH, abrasados por una temperatura, extrañamente, de esas que solo se consiguen en la costa tropical, auspiciada por supuesto, por un impetuoso Sol, que alardeaba de su implacable poder y que nos obligaba a utilizar el aire acondicionado del automotor, que si de algo eran famosos en esta zona, era por ser una carga para los autos, pues nunca eran utilizados en razón al glacial y recurrente clima de esta explanada. Tan pronto se activó la ventilación, de las flores salió un embriagante aroma que se mezclaba en el aire y me invitaba a la melancolía.

Era extraño, nunca había comprado un ramo para velorio alguno, siempre la utilización de flores por mi parte, había sido sazónada con el más puro amor para alguna de las chicas con quien creí, en cada uno de esos momentos, era el amor de mi vida, por lo cual me resultaba extraño que el aroma de las mismas rosas que en ocasiones entregaba con emoción y alegría desmedida, hubieran provocado en ese instante melancolía sinfín, que solo pudo ser calmada con lágrimas en mi rostro.

Al llegar al lugar indicado, todos los que se desplazaban en los otros vehículos lucían tan ensimismados que me pareció algo impertinente pedirles ayuda con los incontables arreglos florales que con mucha dedicación habíamos acomodado en el carro, razón por la cual nos correspondió a Monche y a mí hacer varios recorridos desde el lugar donde estábamos parqueados, hasta donde se vivirían los momentos más amargos de dolor por la despedida final del cuerpo inerte de quien representó tanto para su familia y amigos.

Dejábamos los arreglos alrededor de un castaño cercano a la tumba. La expresión de desconsuelo de la esposa y las dos hijas del Notario me hicieron erizar. Estaban las tres abrazadas de manera compacta,

desbordando toda su melancolía.

También pude observar a Aurelio, el mensajero de la Notaría, quien con sus grandes gafas oscuras, estilo Ray Ban, iba de puesto en puesto repartiendo a todos los asistentes uno de los últimos poemas que el finado había escrito en relación a la muerte y al que me referiré más adelante.

Algunas personas tomaban de las flores que dejábamos cerca al castaño, con el fin de colocarlas encima del ataúd o para lanzarlas en la fosa en el momento del descenso del féretro. Otras, se apropiaban del arreglo completo y con disimulo lo trasladaban a tumbas cercanas, quizá de familiares o amigos, y las más desvergonzadas, tomaron los arreglos y se les vio salir del cementerio con ellos.

Sentía que nadie se importunaba por lo que ocurría, mientras yo reparaba con muchísima atención los acontecimientos, incitado de repente, por la especial relación que llegué a vivir con esas flores, de las cuales fui custodio momentos antes o podría ser también por la inconformidad que me producía ser testigo del reprochable comportamiento de personas que se aprovechaban de un momento como ese. Pero la molestia me duró poco, pues bien pronto comprendí que gracias a esos reprochables comportamientos, la labor de esas flores, no quedaría en ese lugar como compañeras del tiempo más triste que pueden vivir las personas, y que su camino desde entonces, estaría en la búsqueda del rol que siempre han preferido por encima de la tristeza. Me refiero a la alegría y la tranquilidad que solo ellas pueden generar en los ambientes de nuestras cotidianidades. Yo prefiero recordarlas en los momentos lindos de la vida, no en esos terribles soplos que rompen el alma.

Pensé en que las flores las deben disfrutar los vivos. La des-pedida de nuestros muertos con flores naturales puede servir para dos cosas, primero para alimentar el ego de familiares vivos, y segundo, para sacar del paso a quienes tienen compromisos morales con la familia del difunto, pues enviando un fi no ramo de flores logran dar por cumplida su deuda, y de esa manera evitarse mayores molestias, pues en muchos casos, ni el pésame entregan en persona.

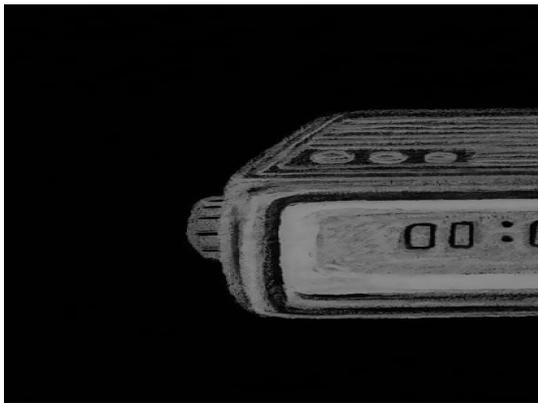
Un verdadero ejemplo con relación a esto lo pude constatar en la prensa hace unos días, pues los mensajes de aviso fúnebre que una familia publicó, indicaban con claridad, que los conocidos se abstuvieran de enviar arreglos florales al sepelio y en su defecto aportararan los recursos que pensaban destinar en su compra, a una escuela pobre de la ciudad. A eso me refiero.

Por lo anterior puedo concluir que las lágrimas en el recorrido hasta el cementerio, al sentir la explosión de aromas de las distintas flores que llevaba en el auto, pudieron ser por el amigo y jefe fallecido, pero no descarto que adicionalmente, se tratara de una despedida a las flores,

por el desperdicio a que iban a ser sometidas minutos después, lo que justificaba que quisieran entregarnos todo el aroma del que eran capaces, sabiendo tal vez, que quien conducía el auto y yo, seríamos las últimas personas en disfrutar de su hermosura y sus fragancias.

CAPÍTULO 2

“TOMANDO CARRETERA”



Evado la posibilidad de pensar en algo, me encuentro solo, son las 11:00 de la noche, hace dos horas se fue la luz; el calor es insoportable y no puedo sacar de mi cabeza la muerte del Notario que ocurrió hace dos días. No he debido verlo en el ataúd, eso me perturba mucho. En la mesa está el poema que él mismo escribió y que repartieron en el entierro. A pesar de su edad, creo que eran 75 años, entre sus cercanos se seguía destacando por sus escritos. Siempre se entendió escritor, escribió novelas y cuentos que nunca publicó, y aunque en todos los eventos de fin de la Notaría él declamaba sus poemas, el que estaba en mi mesa, tenía la particularidad de ser su primera publicación escrita. Lo tomé y lo leí una vez más. En su verso se advertía la preocupación por el fin. Era indudable que lo sentía cerca. Pero también encontré en su escrito la sensación de una tranquilidad conquistada recientemente, que le permitió irse en paz. Cuando terminé la lectura, me topé con elementos que no había encontrado con anterioridad, en esta oportunidad advertí la presencia de Satanás en su vida, como prueba superada. Pensar en el diablo me intimidó un poco más, sin embargo decidí leer una vez más el poema, aunque esta vez en voz alta y dándole a mi voz un cierto tono de achaque, para explorar los sentimientos del viejito cuando lo escribió.

"OCASO

Son tantos años... es hora de pensar. Sí, nos vamos. Lo más triste es partir sin una esperanza, con un "¿qué será de mí?", que quema el alma. Cuántas noches de desvelo, buscando siempre los recuerdos que justifiquen el derecho a tener una posibilidad. ¡ay mi madre! Arbitrarias como su esencia, ma-las acciones son primeras, como mostrando su poder. Yo les digo: 'quédense afuera, no requiero su presencia, solo busco la bondad'. Y descubro entre papeles, magulladas y maltrechas, las palabras de aquel Bueno, que es sinónimo de amor. Angustiado abro y leo y aparece lisonjero un mensaje veni-dero que me entrega el perdón. Qué tan fácil fue encontrarlo. "Mejor vida" es la promesa, yo la acepto, ella me acepta, esto es luz, es esplendor. Ya tranquilo voy a la hamaca, doy las gracias por lo eterno, y me llega un mensajero que me dice "no es verdad". Pero no, yo nada pierdo, me refugio en la palabra que renueva mi confianza y me da la libertad. Yo lo creo, yo lo creo, esto es mío y no lo suelto, ya no siento ardor adentro, esta es mi voluntad. Gracias Bueno, gracias Bueno, de lo malo me arrepiento; es mi paz, estoy contento. Ya me aguarda una verdad..."

Sí, yo también antes de dormir pienso todos los días en que esto tarde o temprano terminará, y eso me atormenta. Qué vaina este poema, me puso a pensar en la muerte... y con lo gallina que soy.

Guardé el poema en un libro y resolví distraer mis pensamientos en algo diferente al tema de la muerte. Trataba de pensar en lo linda que era la hija quinceañera del Notario, cuando de repente escuché los interminables gritos de insultos de la pareja de al lado. En realidad eran algo curiosos, él, ñato, y ella una muy obesa mujer a la que solo una vez había podido observar a pesar de tener algo así como un año de estar viviendo en el cuarto; no obstante a compartir, el mismo callejón de entrada y los mismos arrendatarios.

Al ñato, a pesar de su difícil cultad en el lenguaje, se le afl ojaba por completo la lengua en las continuas discusiones. En esos momentos le logré escuchar las más sofisticadas ofensas y vulgaridades con toda la luminosidad del que mejor habla.

Y aunque ella lucía altanera y dispuesta a todo en su tono, apenas el ñato le decía tres vulgaridades bien dichas, se re-ventaba en llanto, como una niña con tono de gallina clueca contestándole de toda cosa.

La arremetida verbal y recíproca de la pareja terminó en esa oportunidad en desconocidos sonidos de golpes acompañados de gemidos que yo asumía, eran producto de que se acababan de agredir físicamente. Ratifiqué mi creencia cuando del otro lado de mi ventana comencé a sentir la agitada respiración de quien allí se encontraba. Me asomé con un poco de angustia pero con mucha prudencia, temiendo que en mi residencia

terminara todo ese escándalo, y pude observar por segunda vez en mi vida la imagen de la vecina obesa vigilante de que el ñato saliera en su búsqueda, y mientras se fijaba jadeante, aprovechaba la tregua para sobarse la parte abdominal izquierda, donde de seguro había recibido un golpe.

Cuando estaba resuelto a abrir la puerta y brindarle ayuda, siento que tiran el portón y ella sale corriendo, le grita algunas vulgaridades y yo pienso que sucederá algo peor. Estaba dis-puesto a salir por segunda vez, pero nuevamente me abstuve al notar que el silencio se adueñaba del área. Deduje para mi tranquilidad, y me imagino que para la de muchos en el sector, que el ñato se había ido del apartamento esa noche, un hecho que sin duda hacía pensar que regresaba por fin la calma al lugar, lo cual me permitió conciliar el sueño que de verdad, me acosaba un poco, pues ya eran casi las 2:00 de la madrugada. Al rato sentí que abrieron el portón, presumí que era el ñato de regreso, pero esta vez aparentemente sin ánimo de más peleas, pues en adelante, no sé si por el sueño o porque en efecto todo se calmó, no sentí más a la especial pareja.

A la mañana siguiente no podía levantarme de lo mal que había dormido; sin embargo, era mi deber hacerlo. Iba saliendo a trabajar a eso de las 7:30 de la mañana, y al pasar por donde los vecinos, ruta obligada, los escuché consintiéndose mutuamente como si nada hubiera ocurrido en la noche anterior. Esa experiencia no la pude sacar de mi cabeza en todo ese día. ¿Qué manera de quererse era esa? Mi día transcurrió fuerte como todos, la muerte del Notario, hacía que todo el ambiente fuera lúgubre en la Notaría; sin embargo yo seguí con mi labor en el archivo y como todos los empleados, a la expectativa de quién sería el reemplazo del Notario. Todos hacíamos fuerza para que la esposa del fallecido escogiera a Alcides, su secretario personal, que era un tipo tremendo. Pero debíamos esperar la noticia otros días más, pues nos enteramos que la viuda se había ido de viaje con sus hijas y no regresaría sino 15 días después.

En la noche, cuando regresaba del trabajo completamente exhausto, vi en la esquina de la casa, al lado de la tienda, a dos policías de pie y en el medio de ellos sentado en un muro con cara de predicado, con una sudadera amarilla con rayas rojas a los lados que le quedaba zanca y en chancletas, a nada más y nada menos que al ñato. Pasé a su lado y me saludó insólitamente, con el nombre de nuestro arrendador, me dijo, "¿Qué más Gustavo, cómo le fue en el trabajo?" ¡Qué cosa más extraña! Primero, él siempre se refería a mí por el apellido, y segundo, lo noté exageradamente gentil preguntando cómo me había ido, algo que nunca antes había hecho. No obstante seguí mi camino, pensé que los dos policías eran sus amigos y que todo estaba bien.

Cuando llegué a la casa, encontré a seis mujeres en la terraza, y la hija del dueño de la casa exclamó al verme: "Por fin un hombre". De inmediato pregunté sobre lo ocurrido y no me habían contestado muy

bien, cuando ya entendía lo que pa-saba. Saliendo a la terraza, con ojos hinchados y sonando su nariz llena de fl emas de tanto llorar, nada más y nada menos, que el gran amor del ñato, la gorda. "Imagínate que nos tocó llamar a la policía, tremenda muñequera que le estaba dando el ñato" –me dijo indignada la hija del dueño de la casa. Y puntualizó con las manos en la cintura con aire de presidenta de la liga de feministas de Bogotá: "Pero ese hombre no en-tra más aquí". Comprendí entonces la inusual amabilidad del ñato al verme y su airoso deseo de demostrar a los policías que él tenía amigos, que no era un delincuente.

La siguiente noche del desafortunado suceso, me enteré por mi arrendatario, que el ñato ya estaba nuevamente en brazos de su querida gorda. Solo que esta vez, les tocó conformarse con quedarse donde una prima mientras conseguían dónde vivir.

Sin estos especiales vecinos, la tranquilidad en la casa se volvió una constante, el silencio ocupó un lugar preponderante, por lo tanto, cada vez que llegaba agobiado por mi trabajo, me dejaba caer en la cama y no sabía de mi existencia hasta el día siguiente. Pero el sábado tenía que llegar, y lo hizo más pronto que siempre. Cuánto odiaba ese día. La soledad se hacía más infi nita, tan lejos de mi tierra y de mi gente. Eran las 8:30 de la noche, y solo pensaba en lo mucho que quería que el trabajo que me había conseguido mi amigo Raúl, en el archivo de esa Notaría fuera de 24 horas, todo con el fin de no tener tiempo para la pensadera.

Ese sector donde vivía no me gustaba mucho, era como el centro de un gran barrio y por todas partes se veía gente ma-luca. Mi lugar de residencia era una especie de apartaestudio anexo a una gran casa antigua que tenía adaptado para el alquiler todas sus habitaciones. Era un cuarto muy pequeño con su respectivo catre y dentro de las comodidades contaba con un diminuto baño sin puertas. Es decir, era una especie de habitación en la que sobresalía mi alma hecha un lamen-to, y los olores que emergían del baño que no cesaban, pues extrañamente el lavamanos también servía de respiradero de la cañería y cada vez que se bajaba mi inodoro o el de otro baño de la casa, por el tubo del desagüe de mi lavamanos, de inmediato surgían unos fétidos olores que me mantenían de mal genio y a punto de enfermar.

Afuera los fi nes de semana, se escuchaban a todo volumen rancheras, electrónica, y toda la música rara que se pudiera reunir en un sitio. Esos días festivos solo quería dormir con el fi n de que amaneciera más rápido, pero mis tripas se re-belaban en ocasiones y se pronunciaban en huelga de todas las maneras posibles. Con decirles que yo les hablaba y ellas me contestaban con su peculiar lenguaje de "porrocototo", de manera que atendiendo su llamado, salía del cuarto antes de acostarme a dormir. Esa noche decidí ir a comer o tomar cualquier cosa. Cuando bajé, sentí un terrible frío que se adueñó de mí y alegró de inmediato a mi amañada gripa. Esa que me da dos veces al año, cuya duración en cada oportu-

nidad es de seis meses. La verdad, ya le resté importancia al tema de la gripa, dije que no le gastaba un peso más en pastillas y jarabes.

Guardé mis manos en los bolsillos de la chaqueta marrón de siempre, esa que perteneció al difunto padre de mi amigo Raúl y que él muy amablemente me prestó por el resto de la vida. Caminé con la cabeza gacha, tratando de arropar con el cuello de la chaqueta lo que más pudiera de mi cabeza, preocupándome por tener una perfecta visibilidad; quería observar todo, era un mundo extraño y distinto –en demasía– a mi tierra.

Ya les había dicho que la gente se veía maluca; para mí, maluca es sinónimo de peligrosa. Pasé por el sector de bares, tenían prostitutas en las terrazas atentas a la captura de nuevos clientes. A ellas las acompañaban fornidos hombres de negro con aspecto de pocos amigos, que vigilantes en las entradas de los establecimientos más que invitarme a seguir, sentía que me presionaban, algo así como, “o entras o tienes problemas conmigo”; pero yo los ignoraba, tal como me ignoraba el 99,9%, de esa población, pues no puedo incluir a mi posadero, que mensualmente me perseguía en busca de su renta.

Seguí caminando y decidí cruzar la acera, pues a la distancia veía el obstáculo en mi camino de dos niños, como de 11 y 12 años peleando por un tarro de pegante, el cual utilizaban como droga que inhalaban metódicamente día a día. Uno de ellos, con su brazo extendido a la altura de su cintura, amenazaba al otro con un pedazo de vidrio marrón, que deduje era de una botella de cerveza, y su rival, para defenderse había tomado una piedra de regular tamaño que no lanzaba, pero que mantenía izada, a la espera de cualquier desenlace. Les revelo que esos niños me perturbaban mucho, pues cuando estaban desesperados, se pegaban a cualquiera a pedir plata y si el caminante se negaba, los tenía por enemigos, le insultaban y le amenazaban con piedras. A mí me hicieron vivir momentos muy desagradables, aunque eso no era lo peor, si les digo la verdad, lo peor de ver a esos niños, era la aparición inevitable en mi mente de una etapa que no quería recordar, pues por mucho tiempo en mi adolescencia después de fugarme de un orfanato yo estuve en la misma condición de esos niños y si no es por Raúl, el amigo de que tanto les hablo, que me consiguió el trabajo en la Notaría, quien con Biblia en mano, como verdadero enviado por Dios, llegó hasta donde mí a predicarme y no me dejó hasta que me rehabilitó de la calle. Pero bueno, esa es otra historia; por fortuna en esta oportunidad los chicos estaban concentrados en sus diferencias y pude pasar sin ser advertido y sin ninguna alteración de mi tranquilidad.

Finalmente llegué a la esquina que buscaba, era un negocio rojo con rayas blancas, que tenía un sinnúmero de bandejas con montañas de empanaditas dispuestas para que el cliente llegara y tomara

directamente todas las que necesitara.

Digo empanaditas para referirme a su tamaño, porque eran pequeñas, la mitad del tamaño de las que acostumbré a comer en mi casa. Allí mismo tenían pequeños recipientes con variedad de salsas, y en otra bandeja solo limones partidos.

Esta es otra de las cosas que aprendí en ese lugar, a comer empanadas con limón, cosa que nunca había visto, pero les revelo que desde que lo probé, no comí empanaditas con acompañamiento distinto al limón.

Yo estaba concentrado en lo mío; ya había comido como cuatro empanaditas, y como estaba un poco atorado, le pedí al encargado un refresco. Fue a buscarlo, pero regresó con la noticia de que se le habían acabado las bebidas. Me comí una empanadita más, cancelé la cuenta y salí en busca de una bebida. Divisé en una esquina un puesto de jugos, de-solado, pero alumbrado en exceso. Cuando llegué hasta allí pude advertir el bombillo de luz blanca, artesanalmente colocado en una tabla en la mitad de un poste, el cual, por estar tan cerca a la venta de jugos, daba la sensación de ser un pequeño refugio cálido ante el impasible aliento helado que tenía esa noche la ciudad.

Fue en ese lugar donde la encontré, no era Chiriguaná, ni San Roque y mucho menos Caracolí, donde ella había nacido. Estaba en un territorio inusual en donde el Sol no se ve con frecuencia, habitado por personas a las que solo les interesa subsistir. Era el refugio que yo necesitaba para darle un golpe mortal a la soledad y a la ausencia de mi gente. La hallé con una carretica de venta de jugos naturales. Todos sus implementos de trabajo daban la impresión de tener mil años.

Las frutas que utilizaba se podían observar maltratadas, oxidadas en la cubierta. Me senté a su lado, a mis espaldas tenía una cuneta recorrida por rastros de agua podrida en la que jugueteaban algunos cochinitos. Me había decidido por un jugo de naranja; sin embargo opté al final por una bolsa pequeña con agua. No tenía nada que hacer, de manera que disponía de tiempo de sobra para iniciar una amena conversación. Antes de comenzar a charlar, mientras sumergía sus manos en busca de la bolsa, en una vieja y sucia caja de icopor con hielo que reposaba en el piso, noté lo envejecidas que estaban; esa impresión me invitó a escudriñar un poco en su estado físico.

La advertí maltratada, con un vientre desfigurado y voluptuoso. En su rostro había manchas, quizá por el Sol recibido en el pasado en su terruño. Se le insinuaba la tranquilidad en la pobreza. Parecía de 55 cuando en realidad podía tener 40 años. Mientras tomaba el agua inicié la plática, se veía amistosa sobremanera; en sus primeras palabras salió a flote su tartamudez, aunque pude advertir su acento costeño, acto que me permitió inferir un poco de nerviosismo en ella, porque cuando llegué, ella

hablaba con un muchacho de un negocio contiguo sin ningún problema en la pronunciación.

No obstante, poco a poco, se hizo más fluida la conversación. Mis primeras preguntas fueron –como siempre– las de rigor. Me contestó que su nombre era Aura Romero y que era oriunda de Curumaní (Cesar) aunque toda su familia era de Becerril (Cesar). Debo reconocer que tuve un lapsus y relacioné su apellido y la población que mencionó con el cantante de música vallenata Rafael Orozco Maestre, pues el apellido Romero es de Israel su compañero acordeonista, y le pregunté que si era familia de Rafa. De todas formas ella me contestó afirmativamente, y yo reparé mi error solo un rato después. Traté de explicarle mi confusión; sin embargo ella, con las díficilidades propias de su dicción, me dio una justificación que me bastó, relacionada con un tío abuelo de los dos que se convertía en el tronco común. Todo para entender que en realidad era familia de Rafa, y para sorpresa mía, de Israel también. Debo confesarles que descubrirla alegró mis días en ese lugar. Para ella no era un extraño, para ella no era un cliente, para ella era simplemente un paisano, que equivalía en este caso, a ser familia. Todo, por cortesía de la soledad.

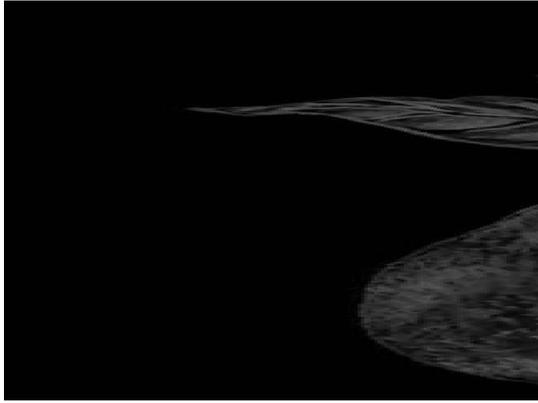
Comencé a frecuentarla todos los días, le tomé tanto cariño que acabé viviendo junto a ella en un apartamento que sustentábamos entre los dos, ¡y a que no adivinan quiénes eran nuestros vecinos! Exactamente, el ñato y la gorda, quienes se contentaron mucho cuando nos mudamos. De Aura conocí su vida, sus amores y desamores, el sueño de encontrar a Julio y Valentina, los hijos que perdió por el alcohol y que no sabía dónde podrían estar. Así mismo, conocí su también triste soledad, en ese lugar inhóspito en que el destino nos había acercado para simplemente hacernos compañía.

Aura fue, a mis 21 años, la madre que nunca tuve, la que se preocupaba por mi alimentación, la que me escuchaba cuando necesitaba hablar, a quien le confiaba mis angustias y mis alegrías, pero principalmente, y sí que fue lo más importante, quien cada mañana me dio la bendición.

Pensé que la vida finalmente me premiaba con una madre, pero pronto descubrí que era un nuevo sufrimiento el que me aguardaba. Mi Aura murió de un infarto, sola, en la casa, cuando yo trabajaba. Nunca me perdoné el no haber estado allí, quizá todo no hubiera acabado así. Ahí comenzó lo peor.

CAPÍTULO 3

“AGUACATE: DESEO INCONCLUSO, Y RAZONES PARA VOLVER”



–“...Sebastiano, lo bueno de este trabajo es que estamos co-nociendo mucho este país, ya parecemos más colombianos que cualquiera...”

–“Luis, será lo único bueno que tiene el tra-bajo porque ya ni zapatos tenemos” –“Fe, hombre, fe. Sé que pronto las cosas cambiarán; te darás cuenta”, contestó Luis, el mayor de los hermanos. Tenían que llegar a Magangué (Bolívar) y cuando terminaran su trabajo en esa población tendrían que, en una chalupa, desplazarse hasta Bodegas, una especie de puerto pesquero, para de allí llegar a la pe-queña población de Talaigua Nueva, cruzar el río y fi nalmente arribar a Santa Ana (Magdalena) donde culminarían su reco-rrido. Luego regresarían a Barranquilla.

Trabajaban con Lápices del Caribe S. A. Una empresa de útiles escolares que distribuía sus productos por toda la Re-gión Caribe colombiana. Luis y Sebastiano eran unos simples vendedores mal pagos que, sin incluirlos en la nómina de la empresa, los utilizaban para llegar a las poblaciones más apartadas de la Costa. Consideraban esos viajes que a me-nudo realizaban como, más que un trabajo, una oportunidad de aventurar por el territorio colombiano, algo desconocido para ellos, teniendo en cuenta que eran oriundos de la loca-lidad de Scalea de la provincia de Cosenza, Región de Cala-bria, Italia, y solo tenían tres años de estar en el país, luego que el buque para el que trabajaban naufragara muy cerca a las costas de Cartagena.

Salieron desde las 2:00 de la madrugada; el conductor del campero en que se transportaban impedía con su charla que los pasajeros se durmieran, quizá por el mismo temor que le producía ser víctima también del sueño. Aparte de Luis, Sebastiano, y el conductor, iban dos personas más, a las que sin dudas no les perturbaban las largas historias de quien na-rraba, ya que desde que se montaron al vehículo no hicieron sino roncar durante todo el viaje. El tema preferido para el chofer era el succulento bocachico frito con yuca acompañado por un aguacate entero

que se comería de desayuno al llegar a la población de Magangué.

Detuvo el vehículo en un municipio que estaba en la vía; se trataba de El Carmen de Bolívar. Se bajó del carro, se inclinó a la ventana del automotor y les preguntó a Luis y Sebastiano si gustaban un tinto, a lo que respondieron los hermanos en forma negativa. En tres minutos regresó el chofer orgulloso, con un aguacate inmenso en una mano y un tinto en la otra, el cual por la cantidad de vapor que expelía se podía inferir que acababa de salir de la candela. No obstante el entusiasmado hombre lo tomó de dos tragos diciéndoles al señalar el aguacate, "Un animal de estos en Barranquilla vale tres veces lo que me costó aquí". Luis, que se había provocado de aguacate, debido a la intensidad y seducción con que el chofer hablaba del fruto, terminó pidiéndole que le comprara uno, que él también lo desayunaría con pescado y yuca.

Todos sonrieron ante la solicitud de Luis y el conductor le buscó un aguacate en igualdad de condiciones al que ya había comprado y se lo entregó a Luis. En ese momento, con los ojos cerrados, una anciana que iba de pasajera, al lado derecho de Luis apuntó, "Si come aguacate de mañana, le da mareo". Nadie contestó, pero las palabras quedaron en la mente de Luis, pues a pesar de que trabajó mucho tiempo en barcos, lo cierto, es que tenía que permanecer sedado en sus viajes pues era susceptible a los mareos. Pero se sentía muy bien y nada evitaría que se comiera su apetecido aguacate en el desayuno. Continuaron su camino; el chofer seguía hablando, y por momentos soltaba el timón del vehículo con su mano derecha para acariciar su aguacate.

Luis y Sebastiano disfrutaban del viaje, pues se habían contagiado con la buena energía irradiada por el conductor y además por los hermosos paisajes y olores tropicales que encontraban en el camino. Eran las 10:00 de la mañana y aún no se acercaban a su destino. Faltaba todavía una hora de viaje. Habían llegado al Bongo, una especie de 'ye' en donde una vía lleva a Sincelejo y la otra a Magangué. "Prepárense que ahora sí vienen las curvas", dijo el chofer. Y comenzaron a zigzaguear. Sebastiano iba riéndose a carcajadas con el conductor por una broma que este último había comentado; a Luis las curvas no le gustaban, y estaba tratando de dormir.

A medida que iban subiendo una especie de montaña, las curvas incrementaban. Luis tenía el presentimiento de que se estaba mareando, pero en silencio y tratando de dormir se entretenía pensando en otra cosa mientras su hermano hablaba con el conductor.

Poco a poco se empezaba a sentir mal, pero pensaba que podría manejar la situación. Nadie se había percatado del malestar de Luis hasta que manifestó que no esperaría comerse el aguacate para marearse pues ya estaba en proceso. Entonces la señora que iba al lado de Luis despertó; buscó una pastilla en su bolso y se la entregó, no sin antes recomendarle

que la pasara con agua, pues de lo contrario duraría todo el día con la boca amarga. En ese instante el conductor le preguntó a Luis, si podría aguantar sin vomitar hasta llegar a Magangué, pero Luis se sentía peor, y le pidió que parara en el primer lugar que pudiera para conseguir un poco de agua. Detuvo el vehículo frente a una casa de palma y bahareque ubicada a la orilla de la vía la cual tenía un puesto de ñame para la venta. Luis se bajó de inmediato, y con la pastilla en la mano, le pidió a la señora que atendía el negocio un poco de agua. La señora fue en busca del agua y regresó muy rápido, con un vaso blanco de plástico adornado con publicidad de "coca cola", "Eso sí, al clima", justificó al largarla. Luis le recibió el vaso con agua y tomó la pastilla; en efecto, a pesar de que la pasó muy rápido con el líquido, pudo reconocer el amargo sabor descrito por su vecina pasajera. Y cuando regresaba el vaso divisó en el fondo, un gusarapo negro nadando en plan recreativo en el agua so-brante. Empero, con mente positiva, no hizo ningún comentario buscando olvidar lo que había visto y pensando además que la pastilla obsequiada sería su salvación. Cuando subió al carro sintió un desagradable olor a gasolina que lo sacudió y tomó la decisión de entregarle a su hermano el aguacate, diciéndole que por lo pronto no quería ver ni saber del fruto.

Iba con los ojos cerrados, pero las curvas no disminuían y por el contrario aparecían con más insistencia en cada momento.

Sentía con mayor intensidad el olor a gasolina y además no podía dejar de pensar en el gusarapo observado, imaginando todos los que pudo haberse tragado por no revisar el agua antes de tomarla. El conductor buscó tranquilizarlo diciéndole que pronto llegarían a Magangué, pero justo cuando iban entrando al pueblo los detuvo una patrulla del ejército para hacer una requisa. Todos se bajaron. Luis, afanado por su malestar, permitió que lo requisaran primero para regresar al vehículo y recostarse, pero luego de su revisión, cuando se sentó, salió impulsado como por un resorte al matorral más cercano para vomitar, acción que le permitió un tenue alivio en lo que quedaba del viaje.

Ya en Magangué el conductor los ubicó, y los dejó en la puerta del plantel educativo. Luis aún se encontraba atrapado por el malestar, por lo tanto fue Sebastiano quien se encargó de las labores comerciales. Dentro de la escuela, Sebastiano duró alrededor de 45 minutos, lapso en el cual, Luis pudo neutralizar un poco su irregular estado de salud sentado en absoluto silencio en una de las bancas traseras de la Iglesia del pueblo, que estaba ubicada en el frente del Colegio, tratando de ignorar al aguacate que se mantenía en reposo a su lado. Cuando Sebastiano salió se acercó hasta donde Luis, que ya se encontraba en la puerta de la Iglesia, y le comentó lo mal que le había ido en el colegio. Luis lo tranquilizó explicándole que de todas maneras ese plantel era cliente fijo de la empresa. Se dirigieron al restaurante que les había recomendado el chofer que los transportó, ubicado en pleno centro magangueleño, es decir, en una de las orillas del

río.

Por ese lugar pasó una señora con una ponchera de agua-cates en su cabeza ofreciendo el fruto a viva voz, pero Luis ya no quería saber más nada por el momento del producto grasoso; de solo pensar en él le provocaba náuseas. Llamó a la señora y le dijo mostrándole el aguacate, "¿Señora, en cuánto me vendería usted un aguacate de estos?". Y le respondió la señora, "Bueno, un aguacate de esos es de los más caros". Y repuntó Luis, "Entonces deme la mitad de ese valor y es suyo". La señora lo tomó, lo reparó, y encantada le pagó la mitad de su precio convencional, pues era un aguacate muy grande.

Llegaron al restaurante que quedaba al aire libre y a la orilla del río; se sentaron lo más distante que pudieron del gran caldero con alimentos que atendía la encargada del sitio, aunque de todas formas se podía sentir un poco el resplandor de las leñas encendidas. Se acomodaron en una larga mesa vestida con un mantel de tela rojo con flores de distintos colores que encima tenía una cubierta de plástico transparente y que servía de protector de la desgastada tela para enfrentar lo desguarnecido del lugar. Sobre la mesa estaba perfectamente ubicada –en toda la mitad– una garrafa con vinagre casero y a su alrededor varios frascos con palillos.

Sebastiano le preguntó si quería desayunar algo, Luis negó con un leve movimiento de cabeza. Sebastiano se limitó a pedir un caldito de costilla, y una porción de yuca cocida en consideración a su hermano que no estaba en condiciones de comer. Al terminar fueron en busca de la chalupa que los llevaría a Bodegas.

Acostumbrados como estaban a las embarcaciones, se acomodaron. Sin embargo, antes de partir, Sebastiano se levantó de su puesto en el lado izquierdo de Luis, evitando que este en un arranque de mareo lo vomitara, y se pasó para uno de los puestos de adelante. El recorrido hasta Bodegas duró 15 minutos. En ese trayecto Luis se sintió mejor, el viento en su cara, la inmensidad del río a su alrededor y el contacto que pudo tener con él, lo relajaron. Al llegar se treparon en la parte trasera de una vieja y oxidada camioneta que los llevó hasta el Centro de Talaigua Nueva, a la orilla del río Magdalena, donde tomaron una chalupa para cruzar el río.

En Santa Ana encontraron la amabilidad propia de sus nativos, allí realizaron con éxito las gestiones pertinentes en la escuela del municipio. Al finalizar, decidieron ir a almorzar al restaurante que les habían recomendado en el colegio. Se trataba del patio de una casa acondicionado como restaurante. Las mesas todas estaban ubicadas debajo de un kiosco de techo de palma, del que guindaba un ventilador blanco que lograba oxigenar el lugar en consideración al sofocante calor del pueblo. El encargado se acercó y les entregó una hoja mecanografiada

ada, con los nombres de los platos que ofrecían.

Estaban sorprendidos porque el almuerzo corriente tenía una variedad inimaginable a precios muy cómodos. Pero sin duda, lo que más les causó sorpresa, era la sopa que daban con el almuerzo corriente ya que brindaba la opción de elegir entre sopa de mondongo, de gallina o mote de queso. Este último, alimento característico en la región Caribe colombiana, a base de queso y ñame, que le da un particular color blanco al alimento. Toda esta variedad de alimentos lo percibieron los foráneos como algo especial, teniendo en cuenta que las sopas que servían con sus almuerzos en Barranquilla, no tenían más que apariencia de agua colorá. Pidieron mote de queso y acompañaron con porciones considerables de conejo guisado, plato recomendado. La comida estaba apetitosa; sin embargo Sebastiano que comía con premura detuvo su insaciable deseo de consumir todo lo que tenía enfrente cuando dentro de la carne desmechada de conejo, encontró uno de sus diminutos huesos. Eso le pareció repugnante. Le fue desde entonces imposible dejar de considerar la posibilidad de que estaba comiendo rata, de manera que hizo a un lado su plato de conejo y se conformó con el mote.

De regreso a Barranquilla llamaron desde Magangué a la empresa y recibieron instrucciones de llegar a Calamar, otra población que estaba en la vía de retorno, para que ofrecieran el material educativo en el colegio municipal. Sebastiano le pidió a su hermano que se encargara, le explicó que tenía una entrevista con un contacto en Barranquilla que lo pondría a trabajar en La Guajira con la marihuana, que eso era lo que estaba dejando plata en todas partes, y no podía perder esa oportunidad. De manera que Luis se fue solo para Calamar, y Sebastiano siguió su rumbo hasta la capital del Atlántico, Barranquilla.

En esa época las ciudades de la Costa estaban conmovidas con ese fenómeno social conocido como "la bonanza marimbera". Quince años antes, más exactamente, el 16 de mayo de 1961, el presidente John F. Kennedy anunció que el segundo proyecto de los Cuerpos de Paz, se llevaría a cabo en Colombia en donde brindó asistencia a las comunidades en programas agrícolas, salud, y educación entre otros, todo con el fin de contener el comunismo en países subdesarrollados. El trabajo que se desarrolló desde entonces permitió que se modernizaran los cultivos, y adicionalmente se descubrieron las propiedades especiales de la mata de marihuana que se producía en la Sierra Nevada de Santa Marta. Un resultado inevitable para los enviados norteamericanos en Colombia fue su conversión a narcotraficantes menores, especialmente para las zonas de Magdalena, Cesar y La Guajira. Estaban dispuestos a comprar toda la marihuana que se cultivara, por eso no era extraño ver patios, cuartos, y hasta cocinas de las casas de estos departamentos, atestadas de marihuana, la cual con esmero los nativos cultivaban, cuidaban y vendían a los 'gringos', quienes posteriormente la sacaban del país en aviones y barcos hacia Estados Unidos. El auge de la marihuana coincidía con una

de las mayores crisis del algodón en las zonas mencionadas, por lo tanto el 80% de los agricultores la cultivaban. Era tan bueno el negocio que los salarios de los trabajadores del campo se multiplicaban por seis y de la Sierra estaba saliendo el 60% de toda la marihuana que sacaba el país. Ese sueño de oro a través de esa planta tenía desvelado a Sebastiano desde hacía mucho.

Cuando Luis entró al pueblo, lo primero que divisó fue la soledad que acompañaba sus calles polvorosas, no tenía a quien preguntarle dónde quedaba la escuela. Siguió caminando pueblo adentro y de repente notó la lenta aproximación de un joven campesino que venía al lado de un burro con carga de pasto enrollado en sus dos costados, a quien le preguntó por la escuela. El nativo lo miró y siguió su camino sin musitar palabra. En ese momento se asomó por la ventana de una de las casas un anciano, quien le dijo que la escuela quedaba al lado de la plaza, pero que no encontraría a nadie pues todos estaban en la iglesia en una concentración política. Al llegar allí pudo observar desde sus ventanas la multitudinaria reunión política que se llevaba a cabo, en donde el párroco del pueblo era el principal animador del evento. Mientras los políticos, vestidos de rojo hablaban, el cura irrumpía para gritar vivas al partido Liberal. Esa parecía ser una población de ancianos, pues en la reunión política casi el 80% de los asistentes eran mayores en extremo canosos. Luis le preguntó a un vendedor de jugo de naranja, que estaba concentrado mirando por la ventana a sus líderes liberales, si en la manifestación había alguna persona del colegio municipal, y el vendedor respondió, señalando a una de las maestras. Luis la miró y advirtió en ella una belleza sin igual; le parecía muy joven para ser profesora. Desde entonces no le quitó la vista un instante, trataba de mirar todo, con quién estaba, con quién hablaba, cuál era su comportamiento; en fin... decidió esperar a que terminara la manifestación política para hablar con la profesora e irse para Barranquilla. Después de numerosos vivas, gritos, aplausos a los invitados del tradicional partido los llevaron a comer pescado al cabrito en la casa de uno de los políticos del pueblo. Esa noche dormirían en la población y partirían al día siguiente bien temprano. Cuando todos salían de la iglesia, Luis, se le acercó a la profesora extendiéndole su mano, presentándose con galantería y explicando la razón de su visita al pueblo. Ella le dijo que no le podría colaborar, que esas cosas las tenía que conversar directamente con el Rector quien también se encontraba en la reunión política. Caminaron hasta donde estaba, él era todo un personaje en la población y que sobresalía porque su cabeza lucía reluciente sin un solo pelo, y en especial por su baja estatura. La profesora los presentó y el Rector, con su sentimiento político a flor de piel atendió de manera amable a Luis; no obstante por lo agitado del momento le pidió que lo esperara hasta que se pudiera desocupar. Luis asintió y permitió que se marchara donde los políticos, pero antes le pidió a la profesora que atendiera a Luis mientras terminaba el evento. Él se sentía muy bien con la compañía que le habían asignado, pero notó que ella estaba un poco incómoda, razón por la cual le

manifestó que no tenía problemas en que-darse solo esperando al Rector, pero Sonia, como se llama-ba su anfi triona, le respondió que se despreocupara, que así ella también podría descansar un poco. Se sentaron en una de las bancas del pueblo y conversaron tan agradablemente hasta el atardecer, que a él se le había olvidado la razón de su visita en el pueblo. Incluso, a ella la tenían hipnotizada los brillantes ojos azules de Luis. Sin embargo recordaron sus obligaciones cuando a lo lejos vieron al Rector del colegio con una botella de whisky repartiendo entre los invitados po-líticos. Luis decidió entonces acercarse para terminar de una vez por todas su misión en Calamar. Sonia lo acompañó. Y al llegar donde el Rector, antes de que Luis musitara palabra se adelantó y le dijo que efectivamente requerían algunos elementos escolares, pero que había llegado en un mal mo-mento y no lo podría atender. Luis respondió que comprendía la situación y que estaba dispuesto a regresar en unos tres días para concretar las necesidades del colegio, para lo cual quedó concertada la cita. Al despedirse Luis de Sonia le preguntó sobre el mejor lugar para tomar un bus para Ba-rranquilla, y ella le respondió que en la avenida principal. Se despidieron con un suave apretón de manos y mirándose a los ojos. Se dirigió entonces solo para la avenida principal a esperar su transporte, pero mientras lo hacía no podía dejar de pensar en la amable mujer que lo había atendido; era ob-vio que lo había impactado, pero su timidez le impidió esta-blecer un contacto mucho más abierto con ella. Se lamentaba y miraba al pueblo pero ya la mujer de su pensamiento había desaparecido.

Eran las 5:00 de la tarde, y no había observado movimiento de transporte. Ya comenzaba a impacientarse, hasta que se presentó una chiva, un colorido bus, con ventanas sin vidrios, y sillas de extremo a extremo, ordenadas una tras de otra, con muchos bultos en el techo y en su interior algunas per-sonas, además de cerdos, gallinas, leche, con unos imple-mentos agrícolas. Luis la detuvo, le preguntó al conductor para dónde iba y este respondió con buen ánimo, "vamos pa'quilla", expresión que utilizan popularmente para referirse a Barranquilla. Luis se subió y el vehículo se puso en marcha, pero justo cuando pretendían salir del pueblo, se encontraron con una barricada de llantas quemadas, piedras y troncos que impedían el tránsito. Todos se bajaron del automotor.

Era claro que la protesta se realizaba teniendo en cuenta la presencia de las personalidades políticas en la población. El conductor de la chiva trataba de negociar con uno de los lí-deres de la manifestación; sin embargo claudicó en sus es-fuerzos cuando escuchó un tiro de escopeta seguido por una enérgica voz, "Ya le dijeron que no. Ahora, o se regresa o le quemamos el tiesto este". Muy asustado, el chofer y todos los pasajeros se montaron en el vehículo, pero cuando salían por el otro extremo de la vía en busca de otra ruta se encontraron con que también estaba taponada, es decir, estaban reteni-dos sin posibilidades de salir de la

población.

Luis se encontraba muy angustiado, la noche había llegado y todo el pueblo estaba en las calles. Comenzaba a preocupar-se sobremanera por la situación en que se hallaba, lo cierto era que su economía contaba solo con el transporte de regre-so a Barranquilla.

La protesta se hacía aprovechando la presencia de los polí-ticos, mas no cumplía su cometido, pues estos ni se perca-taban de lo que ocurría, ya que se hallaban reunidos en una fi esta privada con conjunto vallenato, en el patio de la casona de descanso que tenía uno de los viejos políticos de la región.

Los manifestantes, al ver que no llamaban la atención de las personalidades, recrudescían sus arengas y actos de violen-cia en contra de las acciones políticas de los gobernantes de turno, quienes no hacían nada por la población; sin embargo en elecciones, prometían cielo y tierra. Luis entendió que las cosas no estaban fáciles, así que optó por acomodarse en la chiva y esperar a que la protesta amainara.

Comenzaba a sentir hambre; se encontraba muy cansado, por lo tanto decidió ir a la plaza del pueblo, a ver si conseguía algo ligero y económico que comer, pero de inmediato notó que era en vano su búsqueda, pues todo estaba cerrado.

Se disponía a regresar a la chiva cuando siente el, "pssss, pssss" de alguien en una de las casas por las que pasaba. Se regresó a ver quién le llamaba y de repente se abrió de una de las casonas del pueblo, una gran puerta de madera a la que sin mucho esfuerzo se le notaban los innumerables años de existencia. Él se asomó y vio cómo detrás de la puerta salía Sonia. Su corazón quiso detenerse esta vez, la miró a los ojos y conversaron sobre la situación que vivía el pueblo.

Animados –como en el parque– charlaron por horas. Sonia vivía con una tía enferma que ameritaba desplazamientos en silla de ruedas, a quien Luis le había caído muy bien, tanto, que al momento de irse a la cama le dijo a su sobrina, que le organizara un espacio en la sala para que Luis pudiera descansar y evitar así una mala hora en esa noche peligrosa.

Sonia estaba sorprendida por la actitud de su tía. Ella siem-pre había sido muy celosa con los hombres que llegaban a la casa, pero Luis había conseguido caerle muy bien. Esa noche, la tía de Sonia la tuvo que llamar a dormir, o de lo contrario hubieran amanecido conversando y conociéndose con Luis.

Al día siguiente las cosas no variaron de manera signifi cativa, la única diferencia fue que a los cinco políticos, los llegaron a buscar en un helicóptero, a la cancha de fútbol del colegio municipal. No obstante la

manifestación se mantuvo, y las vías continuaban taponadas. Luis recibió la hospitalidad de Sonia y su tía, quienes se preocuparon por su alimentación y bienestar. En el tercer día la situación seguía igual, los protestantes parecían tener más fuerza, su lucha era social y respaldada por el pueblo, peleaban, por agua, vías pavimentadas, calidad educativa, en fin.

Luis, desde el primer día se mantenía muy preocupado, ya no tenía ni con qué devolverse a Barranquilla. Y para colmo de males el pueblo estaba incomunicado en razón a que un rayo en una lluvia nocturna, quemó la antena de la única compañía de teléfonos que llegaba al pueblo. Comprendió entonces, que mientras estuviera en ese lugar trataría de aportar algo en la casa donde lo habían recibido, siendo un completo desconocido, con la amabilidad de un familiar. Se dispuso entonces a tratar de conseguir algún dinero trabajando en lo que fuera.

Poco a poco el pueblo iba reactivando su economía. Luis se ofreció como ayudante en todos los establecimientos comerciales, pero nadie creía en él y por el contrario desconfiaban mucho por su apariencia extranjera. Las cosas cada día eran más difíciles, y a pesar de que Sonia intentaba tranquilizarlo, él no soportaba la situación que vivía, por lo tanto no hubo un día en que no saliera a tratar de conseguir qué hacer. Se sentía muy mal; sabía que no podía seguir viviendo de la caridad de Sonia y su tía, de manera que se prometió a sí mismo que conseguiría trabajo costara lo que costara. Y así fue, era el quinto día de estar en el pueblo. Se levantó bien temprano, se tomó el tinto que le ofreció Sonia, se encomendó a Dios, y salió. Llegó donde el zapatero, donde el carpintero, donde el tendero, fue al mercadito del pueblo, a la llantería, a todas partes y no pudo conseguir nada; la depresión nuevamente lo embargó. El ocaso hacía su aparición, se sentó entonces a la orilla del río, pensativo y acabado, pensando regresar a Barranquilla así fuera caminando. La decisión estaba tomada. Cuando se levantó para irse a la casa de Sonia, vio cómo varios pescadores sacaban una red grandísima del río, se acercó a donde ellos, y sin cruzar palabra decidió ayudarlos, se quitó los zapatos, la camisa, se remangó los pantalones y se metió al agua, tomó la gran red por un costado y comenzó a halarla con fuerza hasta la orilla, quizá desahogándose por todo lo que había vivido en el pueblo, expresándole al mismo pueblo toda la energía reprimida que tenía para brindarle. En definitiva pudieron sacar toda la red, la pesca había sido satisfactoria, los pescadores agradecidos por la colaboración brindada le dieron a Luis varios pescados, y le propusieron que en las tardes los acompañara a sacar la red. Sin pensarlo dos veces, Luis aceptó la propuesta y feliz y triunfante llegó donde Sonia con cinco grandes y hermosos pescados. Al día siguiente, mucho más tranquilo solo esperaba que comenzara a caer la tarde para ir hasta la orilla del río a trabajar con los pescadores. Poco a poco fue haciéndose amigo de todos y en especial de un anciano y solitario pescador, quien al cabo de dos días y después de largas conversaciones le propuso a Luis que fuera su ayudante todo el día. Una

gran propuesta, entendiendo la situación que vivía, y que no desaprovechó. Desde ese día salía en la madrugada a trabajar y llegaba en la noche, con muchos pescados para vender, pues esa era su paga. Ya era diestro en la utilización de la malla, de los anzuelos y de todo lo relacionado con la pesca; entendió entonces que él estaba destinado a trabajar en las aguas, que eran las únicas que lo querían.

Al décimo día, la protesta culminó, fue la más larga en la historia del pueblo, pudieron llegar a un acuerdo con un delegado del Presidente de la República, quien se comprometió a gestionar una serie de beneficios para la población. Cuando Luis supo la noticia lo embargó de inmediato una mezcla entre alegría y tristeza, pues era obvio que había comenzado a encariñarse con el pueblo y en especial con Sonia. El conductor del bus, muy feliz por el desbloqueo decidió llevar en forma gratuita a los pasajeros que diez días atrás quiso transportar a Barranquilla. Luis advirtió la tristeza de Sonia, cuando le entregaba el listado de los implementos requeridos por el colegio y que él casi olvidaba, además le dio un beso en la mejilla de despedida y se marchó. En el viaje de regreso no dejó de pensarla, no dejó de recordar con cariño los momentos que le había regalado, las llamas que le hacía de madrugada para que no se le hiciera tarde, su compañía a esa hora, las conversaciones mientras tomaban café, la sonrisa que nunca faltó, lo hermosa que era, pensó y pensó, y tanto pensó que hasta consideró la posibilidad de no haberse marchado.

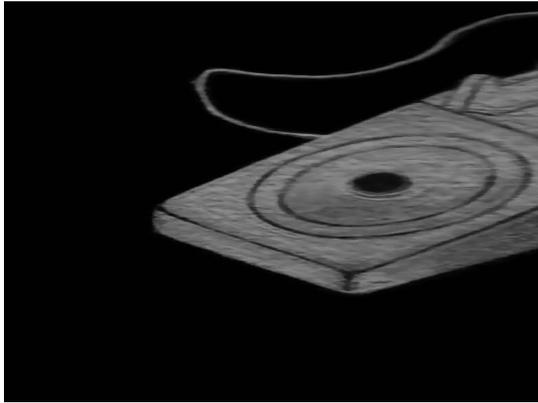
En Barranquilla, continuó su vida, pero mantenía presente todo el tiempo la experiencia en aquel desconocido hasta entonces y distante pueblo de Bolívar. Con Sonia hablaba a menudo. Por teléfono pudieron decirse las cosas que nunca se atrevieron cuando estaban frente a frente. El amor entre la pareja florecía cada instante. Luis sabía que no tenía las condiciones económicas para llevársela para Barranquilla, y en sus planes no estaba casarse tan pronto, pero así mismo sabía por experiencia propia que en el pueblo sí era posible vivir un tiempo con tranquilidad y disfrutar de un noviazgo estable.

Pasaron algunos meses. Luis no sabía nada de su hermano, se sentía solo, y no podía sacarse a Sonia de la cabeza.

Decidió entonces que la visitaría en cualquier momento, pero adelantó la decisión cuando supo del fallecimiento de la tía de Sonia. Ella estaba destrozada, pues le tenía gran afecto y siempre fue su apoyo. Luis decidió entonces ir al pueblo para hacer lo necesario por su amor.

CAPÍTULO 4

“ZAPATOS SUCIOS Y CONFRONTACIONES”



Eran los novios que todos envidiaban, hacían una muy bonita pareja, ella lo daba todo por él y como fue su primer amor, o pasión, entendía que él era el complemento perfecto para su vida. Él por su parte, nunca se había sentido como entonces, ella le despertaba sensaciones desconocidas, él podía jurar que estaba ante la mujer de sus sueños, con la que ya estaba definido pasaría el resto de sus días.

Era impresionante. A ella su tía, en vida, le reprochaba por-que no había un solo fin de semana que no estuviera en la calle, ahora nunca salían. Ese noviazgo iba viento en popa.

Luis recuperó su trabajo en el mar, pero era más el tiempo que le dedicaba a su alelamiento por Sonia que a sus responsabilidades laborales. Lo cierto era que la pareja estaba más enamorada que nunca manifestando su amor de todas las formas. Pasaban los días, y el amor entre la pareja se acrecentaba, de cierto les digo que parecían uno solo, actuaban igual, hablaban igual, hasta pensaban ya de la misma manera, tenían un clima extraordinario de casados. Claro está, teniendo en cuenta que todo se les había dado para que vivieran su noviazgo como si fueran una auténtica pareja de casados. Lo que explica quizá, el manifiesto desinterés en el sagrado vínculo marital, pues lograron cinco años de amores y del tema solo hablaron en el primer mes de novios. Hasta que un mediodía se enteró Luis, al llamar a Sonia en su hora de almuerzo –como siempre lo hacía– al colegio donde ella trabajaba, de lo que jamás hubiera imaginado “Confirmando... estoy embarazada”. Se siente entonces un profundo silencio que interrumpe ella preguntándole si se iba a quedar callado.

Él le pidió calma y le dijo que saldría para donde ella estaba para conversar el asunto. Sonia mantenía su actitud de querer tragarse al

mundo con su entusiasmo; lo que el embarazo hacía era adelantar todos los planes que tenían, sabía que tendría todo el apoyo de su pareja. Esa tarde Luis llegó y le dio un fuerte abrazo. Un mutismo sepulcral los acompañó. Él, aunque aun no había trasnochado se le notaba en su cara el estrés de la situación en unas grandes ojeras. Fueron di-plomáticos al conversar, lo cual hicieron por horas, primero mencionaron todas las bondades que les representaba tener un hijo. Sonia se mostraba con mucha emoción; Luis por su parte se limitaba a asentir todo lo que Sonia decía, hasta que habló con sinceridad, y puso en el ambiente la posibilidad del otro lado de la moneda: la alternativa de que no hubiera pasado aún, los sueños que tenían, los proyectos de vida, el temor que les daba enfrentar ese tipo de responsabilidades con su juventud, en fi n, de la misma manera como ella vendió el hecho de la felicidad para el resto de la vida que traería su hijo, él se preocupó por vender la felicidad de la soltería y del poco compromiso que existía aun en la pareja, como forma de cumplir las metas de cada uno. Es decir, Luis aparentemente se mostraba feliz por la noticia, sin embargo, presentaba con mucha cautela a consideración de Sonia esa otra opción, que ella escuchaba por escuchar pero que nunca en su vida consideraría en realidad por los arraigados valores religiosos inculcados en su familia. De manera que con o sin él ella tendría a su hijo.

Luis entró en shock, acostumbrado como estaba a una vida folclórica y permisiva por parte de quienes le rodeaban decidió en un acalorado enfrentamiento vía telefónica, recriminar-le a Sonia el no haberse cuidado para no quedar embarazada. Con esa discusión quedó clara su posición, él no quería tener hijos, así que le dijo a Sonia que su decisión no tenía reversa, que él ya había hablado con una curandera que facilitaría las cosas para que ella no lo tuviera. Sonia no contuvo el llanto, le daba mucha tristeza la propuesta que le hacía Luis, con quien en reiteradas conversaciones antes del embarazo había acordado que nunca en sus existencias serían cómplices de negarle la vida en el vientre a una criatura. Luis terminó diciéndole en esa oportunidad, que si quería tener el hijo, que lo tuviera sola, pero que no contara con él. Y se marchó cobardemente a Barranquilla con el pretexto de adelantar un trabajo. Pasaban los días y no la llamaba. Sonia, lloraba con desconsuelo a toda hora. A él le iba de maravilla en Barranquilla, pues había logrado un trabajo bien remunerado.

Con frecuencia le atormentaba pensar en lo irresponsable de su comportamiento, pero más podía su orgullo aflorado en su máxima expresión con las muchas discusiones sostenidas con Sonia, y llegó a tal su enemistad con ella, que consideraba el incumplimiento de sus deberes durante el embarazo, como un daño para Sonia y quería demostrarle que él tenía la razón. Luis pretendió continuar su vida con normalidad, sin preocupación alguna; se mantenía en una ciudad distinta a donde residía ella, pero a pesar de su decisión de no acompañarla en responsabilidades con su hijo, la llamaba en ocasiones solo para recriminarle todo lo que

ocurría y para hacerla sentir culpable.

A raíz de todo lo que había ocurrido, Sonia decidió acercarse mucho más a Dios para que le diera fortaleza y así continuar adelante con su hijo. Miguel Ángel sería el nombre de la criatura. Estaba segura que sería varón y su orgullo, felicidad y verdadera compañía. El embarazo cada día se complicaba más y ella estaba sola, sin ningún familiar en Calamar, razón por la cual decidió buscar apoyo con su madrina Lucero que vivía en una población llamada El Carmen de Bolívar. Fue una decisión dura para ella, pues dejar las comodidades en su casa por buscar el respaldo de su madrina mientras daba a luz, no fue nada fácil. Luis continuaba sin responder. Cuando tenían contacto telefónico discutían interminablemente, hasta que tomó la decisión de ir a verla al Carmen de Bolívar.

Sonia le abrió la puerta, Luis había llegado en una camioneta Ford, azul y de estacas, vieja pero propia, sonando a todo volumen el último disco de Jorge Oñate pues le había encontrado el gusto a la música vallenata en Colombia. A él le iba de maravilla, mientras a Sonia cada día las cosas se le hacían más complicadas para su sostenimiento. Ella recibió a Luis con cierto dejo de indiferencia, aunque por dentro su corazón tenía la más fuerte revolución luchando por salir del cuerpo. Él tampoco fue indiferente al encuentro; había notado lo hermosa que se encontraba, el embarazo le había sentado y estaba hecha una mujer en todo su esplendor con atributos bien formados. Al verla tuvo el irremediable deseo de estar con ella y aunque tenía claro que no se casaría, que seguiría con su vida tal y como estaba, esa tarde la invitó a salir en el pueblo. Fueron a comer, luego él tomó un par de cervezas, hablaron de su hijo y al caer la noche se llevó a Sonia al hotel donde él se hospedaba, y ella que lo amaba con todas sus fuerzas no vaciló en caer rendida en sus brazos, sintiendo la seguridad y acompañamiento que siempre había deseado.

Pero todo era una vana ilusión. Luis se fue a la mañana siguiente sin generar ningún compromiso, le dejó algo de dinero y se marchó. Así continuaron las cosas; él decía que tenía que tener estabilidad económica para poder vivir con ella, de esta manera disfrazaba su irresponsabilidad y a ella no le quedaba más que esperar. Iba al pueblo esporádicamente, le llevaba algo de dinero y en las noches tenían encuentros románticos en el hotel. Pero tantos viajes lo tenían cansado, comprendió que siempre había amado a Sonia y que tenía que arriesgarse a tener una vida con ella. Tomó entonces la decisión de llevársela a donde él vivía en Barranquilla; ya no podía seguir evadiendo la gran responsabilidad que tenía enfrente. Ella estaba feliz; sin embargo Luis pretendió seguir su vida pendenciera de la misma manera: llegaba borracho a la casa a altas horas de la madrugada, tenía muchas mujeres, y en el trabajo como supervisor en el Terminal Marítimo ya no le iba tan bien, por el contrario, tan mal le iba, que ya le habían notificado la decisión de no prorrogarle su vínculo

laboral.

No obstante su vida desenfadada, a no pasar mucho tiempo en su hogar, el dinero que recibía Luis como paga por su trabajo lo distribuía con Sonia que requería cuidado especial por su estado de embarazo. Sonia sufría por su comportamiento, no comprendía la actitud del novio perfecto que tuvo durante más de cinco años, eso la atormentaba. Llegaba a la casa, con sus ropas con olores a mujer y manchadas de coloretes y pintalabios. Poco a poco se iba desapareciendo el amor de Sonia por quien en algún momento lo hubiera dado todo.

En una de sus continuas peleas, Sonia se marchó nuevamente para donde su madrina, él la dejó ir, sin embargo esa tarde lo llamó Lucero para informarle que Sonia se encontraba mal, que estaba en Calamar, sola y que ella creía que daría a luz en cualquier momento. Tomó la camioneta y a toda velocidad se dirigió al pueblo.

CAPÍTULO 5

“SIEMPRE HABRÁUNA OPORTUNIDADPARA COMPRENDER”



La ansiedad estaba al límite. Se encontraba con Lucero, sentado en la sala de espera con las manos heladas y ubicadas debajo de sus dos piernas, aunque en realidad, hacía un calor bárbaro. El sopor lo envolvía. La imaginaba hermosa, igual a su madre, apegada sobre todo a él, pues los vecinos y su mujer le habían dicho que las niñas se la iban más con el papá.

Se sonreía pensando en la larga cabellera que tendría con sus dos colas a los lados. Pero irrumpía en su pensamiento el varoncito, idéntico a él, a

quien se llevaría en su tiempo libre a sus largas jornadas de pesca, serían un equipo por siempre; se lo imaginaba en la ventana de su casa esperándolo todos los días para jugar fútbol, o con sus carritos. No podía dejar de imaginarlos; sin embargo detenía todo, se esforzaba para que sus pensamientos no se afi anzaran. Esto, con el fin de no ilusionarse mucho, en el evento en que no fuera lo que él pensaba. Trataba de distraerse imaginando otras cosas, sin embargo no tenía el control de su mente. Así no quisiera, en lo único que ocupaba sus pensamientos era si sería, niña o niño... hasta que salió el médico caminando apresurado.

De inmediato Luis se levantó queriendo alcanzarlo; no vaciló un instante en interrogarlo: "¡Doctor, doctor!... ¿Qué fue?...".

El médico le indicó que tenía que hablar seriamente con él y le pidió que le acompañara. Entraron a una de esas oficinas blancas del Hospital del pueblo; el doctor se encontraba empapado de sudor, Luis sabía que las cosas no andaban bien. La cara del médico decía mucho.

El médico le pidió que se sentara y solo cuando estuvo cómodo, le explicó que el parto se había complicado, que había sido necesario practicar una cesárea y que su mujer se encontraba muy delicada. Con mucha ansiedad Luis le preguntó si se recuperaría, y el doctor respondió que estaban haciendo todo lo que estaba en sus manos. Preguntó entonces por su hijo y él le contestó que se encontraba en perfecto estado, que era un hermoso varón. La intensa ansiedad que Luis mantenía desde su estancia en el Hospital explotó en una gran felicidad, le dio gracias a Dios y pensó que lo de su querida mujer era normal y que en dos días estaría nuevamente en su casa. Lo más importante para él, era que el niño estaba en buen estado.

Pero esa felicidad le duró poco, pues siete días más tarde después de haber sostenido emocionado a su hijo en la sala de neonatos del Hospital, cuando se disponía a cumplir con su ya cotidiana visita de enferma en recuperación que le hacía a su mujer, se enteró de lo que nunca hubiera imaginado: Sonia había fallecido producto de esas fatídicas complicaciones del parto.

A Luis Pagliuca, de 1,92 de estatura, de expresivos ojos azules, de 33 años de edad, le había cambiado la vida. Su amor eterno, la mujer por la que un día arriesgó sus sueños, a la que le brindó parte de su historia y sus esperanzas, con la que decidió compartir el resto de su vida, ya no estaba. Se encontraba desesperado, solo tenía a su hermano Sebastiano a quien le había perdido el rastro hacía muchísimos años en Colombia. Con lo único que había quedado era con su pequeño hijo. Esa noticia lo derrumbó por completo, fue y se posó fuera de la sala en donde tenían a su hijo y allí lloró con desconsuelo mientras lo observaba a través de las ventanas de vidrio del recinto. Se arrepintió de los malos momentos que le hizo vivir a Sonia, de cada una de las lágrimas que brotaron de sus

hermosos ojos, de no haberle demostrado, que por ella, él también lo daría todo. El estar ahí, mirando a su hijo y pensando en su mujer lo afectó mucho más; quería gritar, correr, irse del hospital y respirar. De manera que salió caminando rápido, ya en la calle aumentó el ritmo de su marcha y de un momento a otro estaba corriendo velozmente, atravesó el pueblo en pocos minutos, se detuvo en la orilla del río, se acercó al bar donde juegan dominó y cartas los pescadores, pidió una botella grande de ron y regresó a la orilla, tomó la lancha de su amigo que se encontraba aparca-da y se adentró a las caudalosas aguas del río Magdalena.

Tomaba largos tragos de ron pegado de la botella. Condujo la lancha hasta la desembocadura del río, veía en el horizonte el infinito mar y siguió su rumbo al parecer hasta él, sin embar-go se detuvo después de cierto recorrido mar adentro. Apagó el motor, se desahogó gritando su desesperación, recri-mi-nándole a Dios la felicidad incompleta que le había enviado.

Después de expresar con todas sus energías sus lamentos quedó tirado en el piso de la embarcación, mascullando algo indescifrable, lastimoso. Solo se movía para acercar sus labios al pico de la botella.

En la mañana siguiente algunos amigos lo encontraron dormido, "Lucho, Lucho" le gritaban, pero él no despertaba, de manera que uno de los pescadores decidió subir a la lancha para despertarlo, y de inmediato divisó la gran botella de ron vacía tirada a su lado. Le dijo a su compañero levantando la botella sonreído, que Luis lo que estaba era borracho, que no se despertaría fácilmente y decidieron llevarlo hasta el pueblo.

A eso del mediodía, Luis se levantó de la cama por la imperiosa necesidad de ir a vomitar, se arrodilló en el sanitario y lo hizo. No había comido nada, por lo tanto su vómito era todo bilis, por el ron que había consumido. Cuando se tranquilizó un poco se le prendió un fuerte dolor de cabeza, las náuseas continuaban... sentía que se estaba muriendo. Levantó la vista y notó en el espejo del baño el grave estado en que se encontraba. Se acordó de su mujer y su hijo, pero así mismo pensó por primera vez, que la vida tenía que continuar por su pequeño. A pesar del dolor, Luis se dispuso a seguir adelante; su razón de ser sería su pequeño hijo que tanto quería, a quien además sentía muy especial, pues su mujer había dado la vida por él. Este hecho le dio un nuevo rumbo a su vida, se prometió responder cabalmente por su hijo.

Se quedó en Calamar. Volvería a trabajar en la pesca. Esa población sería el punto de partida para su nueva vida, sabía que tenía que organizarse para continuar con sus labores, de manera que arregló con una vecina para que le cuidara al pequeño mientras él regresaba del trabajo. Cenía González, era un ama de casa, que vivía con su marido y dos hijos varones, Rafael de cuatro años y Davor de dos. Era una mujer de esas complicadas, de pocas amistades, altanera, amargada, y sobre todo,

generadora de violencia en el seno de su hogar. Luis la escogió como institutriz de su hijo debido a que él percibía al resto de sus vecinas como mujeres chismosas, entrometidas, y de peor estructuración que Cenía González, a la que consideraba una mujer seria, responsable y digna de respeto. Todas las tardes que llegaba a buscar a su hijo, llevaba consigo la paga por el cuidado del niño y las veces que no conseguía dinero, le retribuía con pescados. En las noches se la pasaba hablándole hasta conseguir dormirlo; su tema preferido era su adorada mujer a la que consideraba su ángel guardián.

Habían pasado ya 27 días de estar con su hijo y solo hasta entonces, había caído en cuenta, que nunca lo llamaba por el nombre que antes de nacer Sonia quiso, 'Miguel Ángel', sino que lo llamaba con cariño según su estado de ánimo, unas veces le decía 'mi niño', otras 'nene', también 'tesoro' o 'pa-purro'. Su madre quería llamarlo Miguel Ángel, porque decía que ese nombre lo acercaba a lo divino y además así podría tener a un ángel en su hogar al que le diría 'mí ángel' por su nombre. Luis quiso hacer honor a su mujer, y desde entonces llamó al niño por su nombre, 'Miguel Ángel', y de cariño le decía 'mi ángel', término con el que la gente del barrio lo comenzó a conocer.

Todo parecía ir muy bien, el apoyo que le daba la comunidad era fundamental. Los habitantes del barrio eran padre y madre del pequeño Miguel Ángel, algo que al parecer a Cenía González no le gustaba, pues comparaba el afecto que le profesaban las personas a Miguel Ángel con el que le brindaban a sus hijos y expresaba su disgusto muy a su manera: en forma continua lastimaba a sus hijos, pero con Miguel Ángel, tragaba saliva y sus formas de agresión al principio fueron verbales y de omisión de sus deberes como niñera. Y digo al principio, porque al cabo de unos meses maltrató al pequeño de solo siete meses; no obstante se preocupaba porque nadie lo notara, pero Luis presentía que las cosas no iban bien, el niño se tornó impaciente, llorón e inseguro.

Una tarde llegó Luis antes de la hora de costumbre; había renunciado a su trabajo como ayudante de pesca y había decidido vender la camioneta, para comprarse su propia canoa, y ser su propio jefe. Cuando estuvo en la puerta de la casa de su vecina, escuchó el llanto de su hijo. Lo encontró con los ojos casi cerrados de lo hinchados de tanto llorar. Le preguntó a Cenía qué le había ocurrido al niño, y ella le contestó que eso era puro fastidio que ya se le pasaría. A Luis no le convenció mucho la respuesta pero no quiso polemizar, tomó al niño y se dirigió a su hogar. Lo primero que hizo al llegar fue revisar al pequeño para ver si tenía alguna marca de maltrato, pero no encontró nada.

Al día siguiente salió en busca de su nuevo proyecto, dejó al niño y se fue a negociar su nuevo estatus laboral. La verdad le fue muy bien, consiguió una excelente canoa con un buen motor a precio muy bajo. Aunque fueron tiempos de tristeza por la ausencia de su esposa, esa fue una buena

época, lo cierto es que a Luis le mejoró muchísimo su situación económica, pues era propietario del vehículo marino y el provecho y uso de este correspondía solo a él.

El aumento de su peculio fue sorprendente, pues en el día de 7:00 de la mañana a 12:00 del mediodía la lancha ha-cía viajes a pueblos cercanos transportando personas, y en las tardes se dedicaba a la pesca con algunos amigos. Ese cambio económico trajo estabilidad a Luis, lo que permitió el aumento del pago a Cenía por el cuidado de Miguel Ángel, motivando de esta manera a la mujer a no maltratar al niño para no arriesgar esa generosa entrada.

CAPÍTULO 6

“SIN MÁS CUENTO, SIN MÁS NÁ, UNO LE VALE MIL, LOS DOS...”



Miguel Ángel estaba con Álex su vecino y compañero de andanzas, degustaban de dos mangos verdes, de esos que reconocen en la costa Caribe como pico de loro, debido a la apariencia del fruto. Lo comían con sal, limón y pimienta picante. Pero como era usual, en ese momento llegaban los mismos siete retadores de siempre de la cuadra de atrás, con balón desvencijado en mano para invitarlos a un partido de fútbol. Miguel Ángel comió presuroso, aseguró la semilla del fruto en una mano y con la otra tomó un vaso de agua completo y de un tiro, pues decía que esto evitaría los dolores de estómago que ya había experimentado por la hartura de mangos verdes. Llamó a Beto, Papilo, Davor y a otros más, los que siempre estaban dispuestos para un partido de fútbol.

Pensó en irse a poner los tenis pero miró a sus contrincantes y solo uno de ellos llevaba zapatos; bueno, si a lo que lleva-ba se les podía decir

zapatos, pues se le veían más lo de-dos que los zapatos. De manera que decidió jugar descalzo, como a todos les encantaba estar. En menos de 10 minutos las alineaciones estaban definidas. Aunque a la semilla de mango no se le notaba siquiera un residuo de su pulpa, este la mantenía adherida a su boca en concentrada succión.

Inició el partido, poco a poco se acercaban los vecinos a presenciar el ya recurrente enfrentamiento de cuadras. Todo iba perfectamente, hasta que llegó Wilson, ese sí que jugaba fútbol. De inmediato, y de manera democrática, todos al tiempo decidieron que Wilson entrara al equipo por Miguel Ángel. Sin embargo para él era un completo honor ceder su puesto en el equipo a alguien que le había brindado tantas glorias a la cuadrada en los acostumbrados partidos. Paciente esperó una nueva oportunidad para entrar en el juego, sin embargo eran casi las 5:00 de la tarde y nadie salía. Fue solo a las 5:30 cuando uno de los jugadores se salió, con tan mala fortuna para Miguel Ángel, que con esa decisión acordaron acabar el juego. Con las ganas que Miguel Ángel tenía de jugar empezó a agitar los ánimos de los que estaban en la banca o de espectadores para iniciar un segundo partido, pero fue en vano, nadie se animó.

Al llegar a su casa, encontró a su padre con una piedra partiendo una panela, mientras en la estufa eléctrica se cocinaban unos guineos verdes. Una vez estuvieron cocidos los sirvió acompañados de tripas de gallina fritas; a los dos les encantaba. Se sentaron a la mesa a comer y Luis interrumpió el silencio diciéndole a Miguel Ángel que al día siguiente viajarían a Barranquilla a ver si encontraban a su tío Sebastiano, que tenían que levantarse temprano porque a las 4:00 de la madrugada saldría el bus. Miguel Ángel se puso feliz, ya que disfrutaba mucho de los viajes.

Por la espera de pasajeros el bus terminó saliendo a las 8:00 de la mañana. Fue un viaje horroroso, duraron en ese bus como cuatro horas; ese viaje nunca se le olvidaría a Miguel Ángel porque fue el único en donde vomitó más de tres veces en lapsos distintos, Luis estaba tan preocupado, que no notaba lo incómodo que iba su hijo, y aunque a Miguel Ángel le encantaba viajar, hubiera dado todo por no haber experimentado ese malestar. Y es que no era fácil estar en un bus destartado, sin amortiguadores de ninguna especie, en una vía destapada, tragando el polvo que los otros vehículos dejaban al pasarlos de ida o de venida, y sobre todo cuando el conductor es fanático de música carrilera, esa música maluca que deja a todo el que la escucha paranoico pensando que de cualquier parte saldrá una bala a ajusticiarnos. Repitió el único cassette que tenía en su pasacintas unas 16 veces en el recorrido. A pesar de la protesta de los pasajeros nunca bajó el volumen, y para completar tenía uno de los parlantes dañado, que daba la impresión de tener en su interior una chicharra cantante, pues en ocasiones se escuchaba más el ruido que las mismas canciones. El bus iba repleto, y ante la ausencia de cupos, les correspondió acomodarse en un solo puesto; menos mal que al lado se sentó una anciana cariñosa sobremanera que simpatizaba con todos los

vendedores que se montaban a ofrecer desde el elixir de la eterna juventud, hasta cremas reductoras de gorditos, pero a la vez servían para curar 34 enfermedades. La viejita los atendía con especial aprecio, todos los vendedores daban por descontado que por lo menos la venta a la anciana era un hecho. ¡Pero qué va! A todos les quitaba recetas caseras, y les preguntaba sus apellidos para ver si de alguna manera salían siendo familia, pero de compra... nada de nada.

Luis hizo ese viaje a Barranquilla, motivado por encontrar a su hermano, de quien no sabía nada desde hacía mucho tiempo. Al llegar a la ciudad, tomaron un taxi negro, gigante, con apariencia de lancha, y lo direccionaron a la pensión en donde Sebastiano vivía la última vez que Luis supo de él.

Después de 45 minutos de recorrido consiguieron tocar la puerta del pensionado; se sentía mucha gente al interior de la residencia, y en efecto, cuando abrieron la puerta, pudo constatar que la casa estaba llena de personas por doquier.

A algunos se les advertía tristeza, pero la gran mayoría son-reía, se notaban amistosos. Aún en la puerta, Luis preguntó por la señora de la casa, y le señalaron una mecedora en donde una anciana se secaba las lágrimas, mientras una mujer joven la abrazaba. Luis entendió entonces, que lo que ocurría allí, era un velorio y que ese no era un buen momento para preguntar por Sebastiano. Decidió quedarse un rato en la puerta de la casa en donde se arremolinó la gente de un momento a otro. Se le acercó a la joven que acababa de darle su pésame a la anciana de la mecedora, y le inquirió por Sebastiano. La mujer le dijo que no sabía de quién le hablaba, que quizá le podría dar información la empleada de la casa, que tenía muchos años de vivir allí, y le mostró por dónde llegar al patio donde se encontraba. Con Miguel Ángel tomado de una mano, caminó hasta el patio que se divisaba en el fondo del hogar y cuando pasaba por una de las habitaciones, observó una imagen escalofriante, pues era el muerto que velaban, acostado en una cama rodeado de flores. En ese momento aceleró el paso evitando que su hijo presenciara esa escena.

Cuando llegó al patio observó una ronda inmensa de personas sirviéndose tragos de aguardiente, riendo a carcajadas y contando historias, seguramente sobre la vida del difunto, Luis no comprendía mucho la situación, no obstante no quiso detenerse a analizar, pues lo que buscaba era indagar por su hermano. Llamó a la empleada y sin perder tiempo le preguntó si sabía dónde podía localizar a Sebastiano, pero la respuesta, para su infortunio fue desalentadora. Hacía año y medio que no tenía la remota idea de dónde estaría. Que lo último que escuchó era que había hecho plata con la 'marimba' y se marchó a su tierra aprovechando un barco de por allá, que pasó por Barranquilla. Visitaron tres lugares más en lo que quedaba del día. Luis no podía creer

que su hermano se hubiera marchado a Italia, aunque en el fondo le daba tranquilidad que lo hubiese hecho. Durmieron en una residencia y en la mañana siguiente regresaron al pueblo. Se encontraba triste pensando en la falta que le hacía su hermano, pero sobre todo en que volverlo a ver sería un milagro de Dios.

CAPÍTULO 7

“CAMBIOS BRUSCOS”



Miguel Ángel seguía creciendo, se aproximaba el siete de julio, la fecha de su cumpleaños; ya habían pasado nueve años desde su nacimiento. Estaba en la escuela, por lo tanto el tiempo que pasaba con su vecina se redujo en forma ostensible, a solo cuatro horas por las tardes.

Fue el seis de julio, un día antes de su cumpleaños, cuando se alteró de repente su vida, él por supuesto no dimensionaba el cambio, lo entendería con el tiempo. A eso de las 11:00 de la mañana, cuando Luis se disponía a realizar su último viaje de pasajeros a un municipio cercano, donde aprovecharía para cumplir el compromiso que tenía con su hijo de comprarle el regalo de cumpleaños, que estaba seguro lo haría feliz: su primera bicicleta. Esa mañana partió con ocho pasajeros.

Misteriosamente nadie volvió a saber de ellos. Unos dicen que se ahogaron y la corriente del río los llevó al mar, y otros señalan que pudieron ser víctimas de delincuentes comunes.

El pueblo estaba conmocionado con el suceso, se organizaron brigadas de búsqueda y rescate pero nunca encontraron un indicio que permitiera

presumir lo que en realidad habría ocurrido.

Pasados algunos días sin saber nada de los desaparecidos, muchas personas se acercaron a la casa de Cenia González con el fin de ofrecerse para hacerse cargo de Miguel Ángel, pero ella pensando más en lo poco que Luis había dejado, no permitió que nadie sacara al niño de su casa y de esta manera pasó a poseer la morada de Luis y quedó el pequeño a merced de ella y su familia.

Miguel Ángel tenía una vida de horror en ese hogar y nadie parecía notarlo. El marido de Cenia González, no se inmutaba por nada, era un alcohólico inexorable que se sabía miembro de ese hogar cuando le preguntaban la dirección en el puesto de salud, al que a menudo frecuentaba para que le practicasen suturas y atendieran los golpes recibidos en su casa o producto de las constantes intoxicaciones alcohólicas.

Rafael, el hijo mayor de la señora tenía sometido a Miguel Ángel. Davor su hijo menor por ser más contemporáneo con Miguel Ángel, fue convirtiéndose en su aliado de travesuras, las cuales al ser descubiertas tenían por lo general un culpable: Miguel Ángel. Con Rafael las cosas no funcionaron nunca, él por ser el mayor del hogar tenía la gran responsabilidad de ser un ejemplo para los menores, razón por la cual sus obligaciones eran mayores. La presión que ejercía su madre en él era sorprendente, tanto que lo tenía todos los domingos como sacristán de la parroquia del pueblo, ocupación que Rafael cumplió siempre con el único fin de complacer a su madre, pues a él no le nacía desempeñarse como tal, además que no tenía clara su creencia en Dios.

Antes de iniciar la ceremonia, en las misas le correspondía repartir el documento que contenía las bases bíblicas de la prédica diaria, sostener el misal para que el padre pudiera leer cuando estaba con sus manos elevadas, le llevaba el cofre donde estaba el cáliz con las hostias, y recogía las limosnas y ofrendas que los feligreses hacían. Esta última actividad era la principal motivación de Rafael para continuar sus labores de sacristán, en razón a que después de cada misa, sin remordimiento alguno, salía del templo caminando lento y con mucha dificultad debido a que llevaba los zapatos colmados de monedas hurtadas de las limosnas. Las guardaba en los zapatos porque la vestimenta que utilizaba para la eucaristía era entregada por el padre y no llevaba bolsillos. Sus robos dominicales continuaron por varios meses hasta que el mal olor y los hongos en los pies lo obligaron a andar con sandalias por mucho tiempo y el cura se vio en la necesidad de cambiar de acompañante.

Lo cierto fue que a Rafael nunca lo descubrieron y se mantenía en la casa como un modelo a seguir, hasta que en un fin de año escolar llegó a la casa con tres medallas colgadas en el cuello, con la leyenda "En mérito a su excelencia académica", Cenia se emocionó mucho, estaba orgullosa de

su hijo, aunque no le había quedado claro el hecho de que fueran tres medallas iguales y no una, Rafael solo atinó a contestar que él era tan bueno que no bastaba una sola medalla. En el barrio sus cuatro compinches fueron así mismo con medallas a su casa. Mucho después, se supo el verdadero origen de las medallas: estaban en una premiación a los mejores estu-diantes del colegio, y Rafael indignado porque no le darían medalla, decidió robarlas todas de la rectoría y las repartió en su barrio a sus mejores amigos. La golpiza que le dio Cenía fue del tamaño de su travesura, lo que le valió además que lo expulsaran de la escuela, y la deshonra para Cenía que tenía sus esperanzas en su hijo mayor.

A Rafael no le gustaba estar con su hermano Davor ni con Miguel Ángel, por lo tanto estos nunca participaban de sus acciones. Las travesuras de Davor y Miguel Ángel eran distintas y más sanas, como la vez en que se fueron al monte a buscar ahuyamas sin éxito, y cuando regresaban una persona les ofreció darles unos pesos para que le botaran la basura. Los muchachos, ni cortos ni perezosos, ante la posibilidad de la jugosa gratificación, hicieron el trabajo y en efecto recibieron la remuneración, la cual dividieron en partes iguales. Desde entonces Davor y Miguel Ángel se convirtieron en forma clandestina en expertos 'saca basuras', pues ofrecían sus servicios en los barrios aledaños al de ellos cuando tenían la oportunidad.

Eso ocurrió hasta que en una ocasión Cenía vio a su hijo salir de una casa con un bulto en el hombro; se acercó en forma veloz para ver qué era lo que llevaba y cuando confirmó que era basura, le dijo histérica, "¡Davor!..., oye pedazo de pelao... tú que haces con esa basura". Davor no tuvo explicación para su madre, quien indignada se quitó un zapato y le pegó repleta de ira. Además le armó un escándalo sin precedentes, a la señora que lo había contratado. Miguel Ángel se salvó en esa ocasión porque pudo observar desde la distancia –con una bolsa de basura de otra casa en sus hombros– el violento comportamiento de Cenía. Corrió a la casa, y se puso a arrancar 'coquitos' (mala hierba) del patio; cuando llegó Cenía González con Davor llorando y prendido por una oreja, lo encontró en dicha actividad, Miguel Ángel se asustó mucho pensando que Davor lo había delatado, sin embargo la enfurecida mujer no se metió esa vez con él.

La vida de Miguel Ángel consistía en permanecer casi todo el día en la casa haciendo aseo y mandados, Rafael y Davor por lo general no eran utilizados para nada, y como Cenía González retiró a Miguel Ángel de la escuela, disponía de él las 24 horas. De los quehaceres que le asignaba Cenía el que más le gustaba a Miguel Ángel, era ir a donde María Carmen, la abuela paterna de Davor y Rafael, quien lo trataba de una manera distinta, pues lo tomaba en sus brazos, le acariciaba el cabello, y le tocaba con picardía sus partes nobles, diciéndole, "Ajo Migue, cómo te ha crecido". Cada vez que iba, lo mismo hacía la anciana con Davor, pues

Rafael –a diferencia de los dos niños– no solía frecuentar a su abuela.

Una de las mejores épocas que vivió Miguel Ángel con la familia de Cenia González, la experimentó con María Carmen, en los días en que ella quedó a cargo de la casa, después que a su hija le correspondiera viajar a Cartagena al entierro de un hermano. Ella, ratificando su condición de abuela alcahueta, lo primero que hizo al llegar a la casa fue regalarle una bolsa de canicas a Davor y otra a Miguel Ángel; para ella no había distinciones, trataba a Miguel Ángel como si fuera su auténtico nieto. Esos días Rafael se la pasó de su cuenta en la calle, pues no le importaban los llamados de atención de su abuela, y su padre nunca estaba.

Con la presencia de María Carmen, Miguel Ángel se sintió liberado, pues ella encargaba todas las tareas de la casa delegando responsabilidades por igual. El segundo día de estar la abuela en la casa era un sábado, Miguel Ángel se levantó como todos los días a las 6:00 de la mañana, no obstante ella lo mandó de nuevo a dormir. No concebía un muchacho joven como él despierto un sábado tan temprano; él obedeció y se fue al catre de nuevo, luego se levantó casi para el almuerzo. El día estaba un poco gris, justo como le gustaba a Miguel Ángel, con brisa, con el cielo nublado esperando la lluvia que al final no cae. Davor le había dicho que lo acompañara en su bicicleta a llevarle el almuerzo a su papá al mercado, que quedaba a 15 minutos de la casa. Ese mediodía, suspendieron con tristeza el juego de canicas que disputaban (le iban ganando siete boliches a Beto el eterno rival de juego de ambos) por el llamado furibundo que le hiciera a Davor su hermano mayor; le dijo textualmente, “Oye hijueputa, ¿vas a dejá que tu papá se muera de hambre?”. Davor, agilizó la partida y le gritó a su hermano que iba en un momento. Todos rieron pues él tenía un problema con su voz, quizá por el desarrollo que se avecinaba y se le iba con frecuencia lo que todos conocen como ‘el gallo’, que no es más que un desequilibrio en el tono de la voz. Le pidió a Miguel Ángel que le acompañara que cuando regresaran seguirían jugando, y él por supuesto no podía dejar solo a su mejor amigo que era la representación auténtica de Job, el andariego amigo de los árboles de Tom Sawyer.

Davor sacó su vieja bicicleta estilo cross, amarró con una soga el almuerzo en los manubrios y Miguel Ángel se trepó en dos barras que sobresalían de manera horizontal en la llanta trasera, lo cual le permitía ir aunque de pie, muy cómodo. Pero justo cuando iban por la esquina de la casa, Miguel Ángel recordó que por la parte del mercado por donde pasarían, se posaban a esa hora palomitas de todo tipo, así que le pidió a Davor que esperara mientras buscaba su cauchera.

Al tomarla, la colocó en el cinto aprisionándola con su bermuda y emprendieron el desplazamiento. De ida pasaron por el parqueadero

donde siempre veían a las palomitas, pero no había en esa oportunidad ni una sola, razón po